



EL TIO SANTIAGO.

CAPITULO V.

Los Jesuitas y los Artesanos.

Los primeros son mis amigos, los segundos mis amigos y mis paisanos; de suerte que, al hablar ahora de unos y de otros, no podré volar con ligeras alas, sino habré de arrastrarme pian piano como cargado de cadenas. Vaya esto en vindicación de mi jenial franqueza.

Hágale la antiferia a este



Alguno de mis lectores, máxime si fuere diputado, (suponiendo que estuviéramos en el Congreso) se levantaría, colorado como una pitahaya, al oír este arranque, y diría: señor Presidente, pido la palabra.—Para qué?—Para manifestar que “El Tío Santiago” no debe tener parte en esta cuestion, por ser mui parcial en ella, y yo respondería al chirriquitin, aunque fuera desde la barra: por lo mismo que soi parcial en ella y de casa, debo saber como anda el cuento; y hablaré bien ó mal, “como hablamos todos.” y pésele á quien le pesare, y andar.

Solo de imaginar que se atrevieran á interrumpirme, me hierve la sangre, y me ahogo de colera..... Pero, (continuando en mi suposision) yo dirijeria la palabra al Presidente en estos términos:

Señor.

Entre nosotros ecsiste una compañia de „maniáticos” que se apellida „La Compañia de Jesus” La mania de los Jesuitas consiste en creer que el hombre no ha nacido para comer, dormir y propagarse como los brutos, sino que está llamado á un porvenir de inmortalidad

dichosa ó desgraciada. Piensan, en su feliz demencia, que la vida es una cosa transitoria, y que nada le aprovecha al hombre ganarse todo el mundo si pierde su alma. Viven persuadidos de que los goces de la tierra, sus opulentos tesoros, su grandeza y su poder son de suyo perecederos, y que no pueden cambiarse por la felicidad de una santa muerte; y concluyen afirmando, que amar á Dios y al prójimo es el complemento de la lei y de los profetas.

(Entienda U., Señor Presidente, este guirigay en un pais en donde se respetan las leyes por la fuerza de la boyoneta, y donde los profetas mueren á palos.)

Por lo mismo creo que los Jesuitas estan al revés de lo que se usa, y que todo lo sacrifican al flujo por hacer viso, como dice Campos.

Porque en verdad, ¿qué es lo que todos apetecemos? ¿Qué es lo que desea, verbigracia, el Señor Presidente? — Desea tener una casa ricamente amueblada; una hacienda en cuyos pingües pastos mujan, por lo ménos, cuatro mil reses, un almacén surtido de buenas mercansías, con un dependiente que sea el oro en el crisol: es decir, una ave Fénix, un

imposible. Desea tener una mujer hermosa y robusta, aseada y de buen jenio, virtuosa e ilustrada: es decir, otro imposible. Además quiere tener reservada una caja con seis mil onzas viejas, con los bustos de los Cárlos y de los Felipes del España, para recrearse en ellas á sus soas, y sobarlas con amorosas manos como lo hace mi Compadre Gomez: es decir, otro imposible mas grande que los anteriores, en estos angustiados tiempos, en que no se les vé la cara á las amarillas sino por una especie de milagro. ¿Qué mas quiere el Señor Presidente? -Quiere tener dos niñitos como unos serafines; un coche á la inglesa con hermosos caballos, comer esquisitos bocados, beber jenerosos vinos; pasearse con madama por esos jardines, abrazados como dos pichoncitos oyendo el trinar de las avez, el murmurar de las fuentes, y murmurando tambien del prójimo su poquito.

Pues el Jesuita no quiere casas, ni haciendas, (*) ni ganados, ni almacén con ave Fenix, ni mujer con chiquillos, in fes-

(*) Que recibe si se las dan, como las recibiera cualquier diputado anti-jesuita.

tines suntuosos, ni todo ese conjunto de humana grandeza que cautiva los corazones. Conténtese con recojerse en una celdilla miserable, con un vestido de paño burdo, i con comer para vivir, cuando tantos otros viven para comer. Su coche es el que usaba San Francisco; sus placeres instruírse, y su constante ocupacion predicar, confesar, visitar los enfermos y educar á los niños. Por eso dije que los Jesuitas estaban al revés de lo que se usa porque todos queremos pasarlo bien, y ellos como que de intento aspiran á pasarlo mal. ¿Si no, dígame señor, Presidente, ¿en qué cabeza cabe internarse en esas selvas tan antiguas como el mundo, por donde discurren el Putumayo y otros rios anónimos, tributarios del Amazonas, en busca de indios salvajes, y sufrir hambre, soles, frio, moscos, zancudos, chinches, culebras, tigres y leones, y exponerse á morir de un flechazo ó de un trancazo, de mano de esos bárbaros, solo por reducirlos al rebaño de Jesucristo?

Con la Biblia debajo del brazo, con un crucifijo al pecho y un báculo en la mano, sin un peso en el bolsillo, (ya qui llamo la atencion del señor Presidente y de mi desinteresado auditorio), sereno y alegre, penetra el Jesuita

en el corazón de esas espantosas montañas, rejenerar con las aguas del bautismo las tribus del Caquetá ó de Mocoa, luchando con todos los elementos, y sufriendo cuanto sufrirse puede en las soledades de América.

El ese hombre humilde, ese filósofo, ese misionero de paz y de caridad, en un tiempo atravesó silencioso y con los ojos bajos los salones de los magnates y las antecámaras de los reyes, y à su paso se inclinaron respetuosos los magnates y los reyes mismos.

Llena está la Europa de los establecimientos científicos que han fundado, marchando à la vanguardia de los pueblos mas civilizados de la tierra. Oradores, políticos, literatos; su dominio se ha estendido à cuanto alcanzan en su rápido vuelo las ciencias y la industria.

Han carecido imperios, se han desplomado monarquías, se han sublevado repúblicas, se han dado cien batallas que han empapado en sangre el antiguo y el nuevo continente, y la Compañía subsiste: la Compañía ha sido expulsada, escarnecida, envilecida: se le ha propinado el veneno y el puñal: las plumas mas elocuentes han escrito contra ella; y cuando todo presajaba su total ruina, reverdece por todas partes, como si la sávia que alimenta árbol tan majestuoso fuera eterna, y no pudiera

consumirla el fuego voraz de las pasiones sublevadas á su alrededor.

¿Qué es esto, señor Presidente? ... El Tio Santiago no es fanático ¿Este es un milagro del Cielo? ¿o la astucia de los hombres ha llegado à ser milagrosa? ¿Este prodijio es obra de los Anjeles ó de los hombres?

Me pasmo contemplando tantas maravillas rodean el instituto fundado por Ignacio como de Loyola.

¿quién era ese Ignacio?—Un hidalgo Español, sin recursos de ninguna especie, que à fuerza de constancia, y con el auxilio divino llevó à cabo su colosal empresa.

Tres siglos van corriendo desde que la Compañia nació à la sombra del báculo de Paulo III; tres siglos lleva de existencia, y en ellos nuevos y nuevos prodijios la han hecho aparecer mas brillante que el lucero de la mañana. Ella se ufana de tener hijos tan grandes como Francisco de Borja, Duque de Gandía, que bastasolo para hacer su elogio. Catarina de Rusia, y el gran Federico no permitieron que salieran los Jesuitas de sus respectivos reinos, cuando lo los expulsaban de otras partes; Carlos Manuel, rei de Cerdeña y del Piamonte, y el principe Odes-

calchi han vestido con humildad la sotana negra, creyéndose con ella mas honradas que con las grandezas mundanales que abandonaron. Mirabeau, el primer orador de la Francia revolucionaria, habló de los Jesuitas en términos muy satisfactorios: en fin, desde su egregio fundador hasta el padre Rootham, jeneral de la Compañía actualmente, los anales de tan sabio instituto registran en sus páginas de oro, escritas a veces con sangre de mártires, los nombres de muchos santos, de muchos sabios, de muchos hombres de provecho.

Y ¿qué diremos del amor paternal con que los ampara el Papa ilustrado y progresista que llena hoy el mundo con su nombre, nuestro santísimo padre Pio IX?

Si comparamos, ahora, los frailes del Perú y del Ecuador tan holgazanes, tan ignorantes y tan mundanos con los hijos de Loyola, acabaremos de persuadirnos de que la Compañía, grande en sus fines, poderosa en recursos, debe á su peculiar organizacion y á la buena conducta de sus miembros el influjo que ha gozado y tiene aun en el mundo.

La lei llamó á los padres á la Nueva Granada, y ellos han venido á trabajar en

,el fomento de las misiones; ocupándose desde luego en educar jóvenes que puedan acompañarlos con fruto en tan peligrosas excursiones. Hasta ahora nadie puede señalar el menor deslíz, el mas mínimo desórden de los miembros de la Compañía y son queridos cual debe serlo todo hombre útil que trabaja en beneficio de la sociedad. Si entrásemos en comparaciones, cierto estoi de que mas de cuatro zánganos que no hacen sino charlar, intrigar y maldecir saldrían corridos y avergonzados. He dicho mal: no saldrían avergonzados, porque para avergonzarse se necesita una condicion indispensable de que ellos carecen: tener vergüenza.

Pero volvamos los ojos á la capital de la República.

Los Jesuitas han encarnado en los *Artesanos*, como estos están incrustados, si se me permite tan atrevida frase, en la guardia nacional de Bogotá; de manera que Jesuitas, milicianos y Artesanos forman una masa compacta que piensa de un mismo modo, y obrará de concierto, cuando llegue el caso, á una sola señal, a una voz.

A esta voz responde todo el devoto



femenino sexo de Bogotá, desde la elegantísima cachaca que se perfuma todos los días hasta la viejecilla impertinente, desde la noble señora hasta la verdulera, desde la que mide *madapolanes*, hasta la que vende repollos. A esta voz responden todos los pueblos BELICOSOS de la sabana, y algunas provincias de la República, como Tunja, Vélez, Pamplona, Popayan y Pasto, una gran parte de la de Antioquia y varias poblaciones del valle del Cauca, como la hermosa Boga y la hospitalaria ciudad de Cali.

II el que se atreva á negar esto, no ha estudiado las costumbres de la capital y de las provincias: quien diga lo contrario, no ha observado lo que pasa: no sabe para que lado vá la corriente de las ideas.

II ¿qué ideas son estas, señor Presidente? Son ideas conservadoras del orden, ó ideas contrarias al que se halla actualmente establecido.?

Responderé brevemente á esta pregunta que es bien interesante.

En Bogotá han establecido varias congregaciones los padres de la Compañía. Las principales son las de Artesanos **se GUACHES**, y la de la Pura y Limpia, com-

puesta de niños de ocho á catorce años de edad. Tienen los Jesuitas además un Colejio y algunas otras casas de educación para la instrucción de la juventud.

A los Artesanos les predicán el Evangelio y el respecto á la Constitución y á la lei, los instruyen en los deberes del padre de familias, les aconsejan la economía doméstica, les afean la ociosidad, les ponen de manifiesto los males que enjendran la bebida, el juego y la disipación, les inspiran amor al trabajo, y en suma, los hacen cumplir con los deberes religiosos dignamente preparados.

A los jóvenes, en su respectiva Congregación, les enseñan á cantar las alabanzas divinas y la doctrina cristiana; les inspiran desde temprano el respeto debido á sus padres, á sus mayores, á sus maestros, y los amonestan para que respeten el órden y obedezcan á las autoridades legítimamente constituidas. Con cariño, con buenos modales, con paternal ternura instruyen á estos niños en lo principal que debe saber el hombre respecto de su alma, y les dictan el porte y manejo que deben observar entre la jente civilizada.

A las mujeres de todas las clases y

condiciones les dan espirituales ejercicios en el mes de las flores, apellidado poéticamente EL MES DE MARIA. A tan piadosos ejercicios concurren las matronas de intachable conducta, las hermosas de todos los barrios de la Capital, ricas y pobres, á oír la palabra de Dios de la boca elocuente de esos humildes misioneros de la Compañía que recomiendan la fidelidad á las casadas, la honestidad á las doncellas, el recojimiento y la virtud á todas. Es un hecho notorio é indudable que la moral se ha mejorado, difundiéndose el amor al trabajo: que los artesanos depositan frecuentemente en la caja de ahorros, y se dedican á aprender á leer y escribir, porque le han cojido amor á la lectura: que viven en paz con sus esposas é hijos, perfeccionándose en el oficio que han abrazado, y que ni en los grandes concursos se ven ya, como antes, aquellos escándalos á que daban orijen la ociosidad y la bebida. De los Artesanos no deben temer los honorables Diputados un 24 de Enero á la Venezolana.

Luego son ideas de órden las que predicán los Jesuitas, ideas de órden las que inculcan en el confesonario; luego lejos

de ser un mal para la Nueva Granada es un bien la permanencia de los Jesuitas en su seno.

Que se me dispense el atrevimiento si he manifestado mi sentir en tan delicada cuestion. Pero ¿qué podran pesar las alas de un mosquito, en la balanza en que se han echado tamaños intereses? Sin embargo, señor Presidente, no me vuelvo atrás de lo dicho: *quod scripsiscripsi*.

¿Quiénes fueron, preguntaré ahora para terminar este largo capítulo, quiénes fueron los vencedores de los socorranos el 9 de Enero? Los Artesanos—¿quiénes los que acompañaron al ínclito Neira en Buenavista, y compartieron con él la gloria de librar á la Capital de la República de los horrores en que querían abismarla Gonzalez y la odioso turba que le rodeaba?—Los Artesanos. ¿Quiénes siguieron las banderas de la libertad que tremolaron Mosquera y Herran en 1840? Los Artesanos. ¿Quiénes derramaron su sangre en Huilquipamba, Aratoca y Tezcua? Los Artesanos. ¿Quiénes ahrojaron á Camacho, Asuero, Brusual y otros varios notables solo para que se conservara la tranquilidad pública en el

recinto de esta Ciudad? Los Artesanos
 ¿Quiénes marcharon ufanos y alegres,
 descalzos, casi desnudos, y sin pre, con
 un fusil al hombro llenos de valor y de
 patriótico entusiasmo à derramar su sangre
 por restablecer el imperio de la consti-
 tucion y de las leyes? Los Artesanos.—Sí:
 fueron esos modestos artesanos, belicosos
 hijos de la sabana, los que abandonaron
 las dulzuras de su pais natal y se des-
 pidieron de sus esposas, y de sus hijos,
 jurando vencer ó morir en la contienda.
 Entre ellos se cuentan los Espejos Made-
 ros, Rodriguez y Torres Londoño.
 y otros muchos, de los cuales ya mu-
 rieron unos, por librarnos de la anarquía
 y otros se conservan como preciosos restos
 de los furores de la guerra. Vosotros si que
 sois *patriotas sin charlatanismo*, honrados
 artesanos, ciudadanos útiles,— que vivis de
 vuestro sudor y de vuestro trabajo. Dejad,
 en buena hora, que os tengan en poco, y os
 desprecien los que solo suspiran por la vuelta
 “De los amargos dias

“Que serán luto eterno á la memoria
“I á los siglos futuros indignada
“Con hiel y llanto pintará la historia.”

HE DICHO, señor Presidente.

Ahora seguirá la silba, y entre tanto
se suscribe de vosotros, amigos y paisanos.

Bogotá 4^o de Junio de 1848.

EL TIO SANTIAGO.

Imprenta de J. A. Cualla.—1848

